

EZEIZA FUE EL PRINCIPIO DEL CAMINO AL ABISMO

Perón, Isabel, López Rega, Osinde: una Cadena

- ★ En el Decorado del Puente 12, las Armas Para Ametrallar a la Gente
- ★ Solo Tenía Acceso la Guardia de la Muerte, que no Tardaría en Actuar
- ★ Anochecía en los Basques del Aeropuerto; era Hora de Retirar a los Muertos
- ★ Ahora, "el Peronismo se Debilita Como Instancia Política"

Por JULIO SCHERER GARCIA

Buenos Aires, (agosto de 1974). El 20 de junio de 1973 retornó Perón a Buenos Aires. Más de un millón de argentinos, las banderas en el aire, el cántico en el corazón, lo esperaron en Ezeiza. Pero él no llegó directamente al aeropuerto. Y se produjo la matanza, de inmediato silenciada. Se contaron los muertos: 300. Se indagó por los desaparecidos y la lista creció. "El Descamisado" publicó lo ocurrido en fotografías, pero fue confiscado de puestos y quioscos. El sistema ocultó su crimen.

A Perón se le exculpó. "El Viejo fue traicionado" se dijo en coro. Hoy, los hechos en perspectiva, la afirmación no parece tan clara. Muy pocos se atreven a hablar en voz alta y crece el número de los que deslizan: "El peronismo se debilita como instancia política".

Al "Brujo" López Rega, alma negra de Argentina, se le señala como el detonador de la matanza. Pero López Rega fue el hombre de confianza de Perón y el hombre de confianza de la esposa de

Perón. El lo tuvo en España, él lo trajo a Argentina, él lo hizo ministro de Bienestar Social, él lo sostuvo a su lado. Y ella, Isabel, peleó por López Rega. Pero peleó con el alma, al grado que a mediados de julio, en plena crisis gubernamental, cuando los embates de todos los sectores centraban sus fuegos en López Rega, quiso contenerlos con una frase: "Cuidado! "López Rega es un patriota".

En las reuniones de amigos, "decentemente", como aquí se dice, todos hablan de la masacre y señalan al coronel Jorge Osinde como el organizador del día de duelo. Pero Osinde perteneció al equipo de López Rega, creció en el círculo de su intimidad, y López Rega se apoyó en Osinde. Aunque no se quiere mirar, la cadena parece soldada: Perón, Isabel, López Rega, Osinde, Osinde, López Rega, Isabel, Perón.

Por un milagro de la casualidad obtuvo EXCELSIOR "El Descamisado" de junio de 1973 y conoció la historia

tal como fue escrita por un grupo de argentinos. Esa historia fue enviada a la Asociación de Estudios Latinoamericanos, con sede en Nueva York, pues hay quienes quieren que se sepa lo ocurrido. Porque Ezeiza fue el principio de una serie de acontecimientos que llevan al país camino del abismo.

CRONICA DE LA MATANZA

Esta es la historia: En las primeras horas de la mañana del 20 de junio, largas caravanas de hombres y mujeres seguían llegando a los alrededores del aeropuerto internacional de Ezeiza. En los terrenos arbolados, en el césped todavía húmedo por el rocío de la noche, había hombres cubiertos por frazadas o por hojas de diarios, mujeres y niños que se abrigaban con el calor de las fogatas. Se veía a gente repartiendo víveres. Llegaban canciones con jóvenes que entonaban sus consig-



UNA MULTITUD que se había trasladado en camiones, yips, motocicletas, bicis y a pie, entre zanjas, bombas lacrimógenas y barro, con estandartes y brazaletes, esperaba entusiasmada el retorno de "El Viejo".

nas. Por la autopista que une la ciudad al aeropuerto, en automóviles, en camiones, a pie, avanzaban largas filas que se diseminaban luego por los parques, que se sumaban a la multitud que se movía todavía en las sombras del amanecer.

En pacíficos y solidarios vivacs humeaba el reconfortante mate cocido que iba de mano en mano, de boca en boca. Algunos, los más viejos, recordaban la primera movilización aquel 17 de octubre de 1945, cuando habían abandonado los talleres y las fábricas para avanzar desde los barrios y el suburbio hasta el centro de Buenos Aires, hasta la misma Plaza de Mayo en donde reclamaron a su nuevo líder, a ese joven coronel Perón, que los militares tuvieron que traer desde la isla Martín García, el coronel que salió al balcón y saludó a la multitud con los brazos en alto.

Era él, ahora "El Viejo" quien volvía. Para los jóvenes, que no habían conocido esas épocas, que sólo habían combatido a la dictadura, Perón era la posibilidad de construir un país independiente y, como decía sus consignas, una patria socialista. Entre tanto, seguían llegando contingentes de las distintas fracciones del movimiento peronista, grupos de obreros y estudiantes, los camarógrafos de los noticieros, los fotógrafos, los periodistas, la gente apurada que iba hacia el puente 12, hasta el palco desde donde se suponía que Perón hablaría a su pueblo.

Se esperaba un día de fiesta, era un día de fiesta todavía. Había allí más de un millón de personas; algunos afirmaban que se trataba de tres millones. Gente que seguía llegando desde la capital y los pueblos vecinos, que venían por la autopista que cruza populosas localidades del llamado Gran Buenos Aires. Gente de distintos gremios, algunos con el mítico bombo de las grandes asambleas peronistas, en jip, en moto, en bicicleta, con estandartes, brazaletes, con el colorido de las celebraciones populares, contagiados de un mismo contento.

Era un día muy distinto a ese noviembre de 1972 tan lluvioso, tan triste, cuando ellos, cien mil de ellos, trataron de llegar hasta el General eludiendo las fuerzas de la policía y del ejército, metiéndose en las zanjas, caminando por el barro entre los insultos y bombas lacrimógenas.

Era un día de fiesta todavía.

EL PUENTE 12, UN LUGAR ESTRATEGICO

Allá, lejano, estaba el puente 12. El palco. El escenario donde se iniciara la matanza. Pero nada hacía prever ese funesto desenlace en esas horas de la mañana. Llegaban al palco los músicos de la Orquesta Sinfónica de Colón, se distribuían, ordenados, como para un concierto. Uno colocaba la partitura en el atril, otro fumaba, mirando la enorme audiencia. El locutor Edgardo Suárez, en el micrófono, decía que el general Perón llegaría poco después del mediodía. También estaba el actor y director de cine Leonardo Favio. Otros personajes, menos conocidos que los músicos o los actores, esperaban el momento de actuar. Bajo ese mismo escenario guardaban el armamento que utilizarían horas después para ametrallar a la gente.

El escenario tenía un largo superior a cien metros y un ancho de algo más de 6 metros y en él se habían ubicado los hombres de una vasta guardia vestida de civil. Entre los decorados había armas y municiones suficientes. ¿Quién los comandaba? Mu-

chos de ellos eran dirigentes activos del nacionalismo, de los grupos fascistas desplazados por la voluntad popular. ¿Cómo estaban allí? Entre esa guardia figuraba un terrorista como Giovenco, gente de los servicios de seguridad como el coronel Osinde (a la sazón simple funcionario del Ministerio de Bienestar Social) y otros individuos vinculados a la represión.

El puente 12 es un lugar estratégico. Y el escenario ubicado en aquel lugar. Así fue considerado seguramente por quienes lo "coparon". Desde allí la reacción dio su respuesta al pueblo. Fue su desquite frente al jubilo del 25 de mayo. Entonces, según la versión de ellos mismos, el balcón de la Casa Rosada había sido "copado" por la llamada izquierda peronista. Esta vez el escenario estaba "incontaminado": lo ocupaban hombres expertos en cuidar el orden del sistema. Ex policías de la dictadura, terroristas, matones.

Por otra parte, todos los invitados especiales —ministros— y las más altas autoridades del país— que habían de subir oportunamente al puente-palco, se encontraban desde horas tempranas en el aeropuerto internacional de Ezeiza esperando el arribo de Perón.

A la vez, desde muy temprano las columnas de la Juventud Peronista y otros gru-

pos militantes habían avanzado por los caminos laterales de acceso a la autopista aproximándose al puente 12. Pero ninguno pudo acceder al puente 12. Este se había transformado en una fortaleza a la que sólo se podía llegar con las tarjetas de autorización de los organizadores. Sin duda ellos habían seleccionado a esa gente. En el palco no había lugar para los militantes peronistas. Sólo los músicos. Sólo el locutor que seguía hablando. Sólo la guardia de la muerte que no tardaría en actuar.

NO ATERRIZARA PERON EN EZEIZA

Las 12 de mediodía.

El avión que traía a Perón demoraba su llegada.

Los jóvenes peronistas que no pudieron franquear los controles del palco, se instalaron cerca de allí. Corearon sus consignas. Esperaban, todavía esperaban.

Una hora, otra.

¿Qué eran unas pocas horas cuando se había esperado 18 años?

Las canciones, los vitores, el reiterado golpeteo del bombo. Todavía la fiesta. Todavía la esperanza.

La gente miraba al cielo como queriendo descubrir entre las nubes al "avión de Perón". Lo mismo que antes. Cuando en



PORTADA DE LA PUBLICACION argentina "El Descamisado", confiscada de puestos y quioscos en junio de 1973, después de la matanza de Ezeiza.

la mitología popular creció la leyenda de que Perón regresaría en un fantástico Avión Negro. Lo mismo que antes. Cuando Perón emprendió el camino del retorno desde España y fue obligado, en Brasil, a regresar a su casa de exilio.

Perón, Evita...

la Patria Socialista... cantaban los jóvenes.

Perón, Evita...

la Patria Peronista... respondían los hombres que más tarde formaron las fuerzas de choque de la burocracia sindical y también los más ortodoxos y los más viejos.

Era un duelo verbal. Todavía.

Pero era también la expresión de ese contradictorio complejo de fuerzas políticas y económicas que el peronismo había convocado y resumido en su propio movimiento. Detrás de las consignas enfrentadas estaban no sólo ideologías contradictorias, sino intereses antagónicos: el de la Juventud Peronista, el de los partidarios del verticalismo —“Perón manda, el pueblo obedece”—, el de las centrales sindicales, el de las centrales empresariales, el de los aliados políticos del peronismo en la contienda electoral y, finalmente, el de la reacción que quería perpetuarse más allá de la caída de la dictadura.

Perón, Evita...

la Patria Socialista...

Perón, Evita...

la Patria Peronista...

Entre tanto, en las pantallas de los televisores sólo aparecían las pistas de aterrizaje de Ezeiza, la terraza, la torre de control, la silueta del edificio del Hotel Internacional. El locutor intentaba llenar el

vacio visual repitiendo una y otra vez que aquel era un día de fiesta. Fuera del objetivo de las cámaras, los hombres del gobierno seguían esperando.

15 horas. Se informa que el general Perón no aterrizará en Ezeiza sino en el cercano aeródromo de Morón.

LA HORA DE RETIRAR A LOS MUERTOS

En pocos minutos la plataforma de Ezeiza quedó despoblada.

Los funcionarios se van sin saber dónde. Unas horas después todos marchan rumbo a la capital.

En las pantallas de televisión se ven las pistas, los hangares vacíos.

15 horas.

Puente 12, Ezeiza.

Desde el palco alguien dispara contra las columnas de la Juventud Peronista. Se responde el fuego. Se ve a los músicos de la Orquesta Sinfónica cuerpo a tierra bajo las balas. El coronel Osinde empuña su metralleta. Se oye el ulular de las ambulancias. Hay gente herida, muerta, sobre la autopista y en los parques.

Es muy difícil reconstruir al detalle lo sucedido. En una de las rutas de acceso a la autopista —la Ruta 505— alrededor de las 16 horas, se vio por ejemplo al entonces diputado nacional de la Juventud Peronista, Croato, sucio y embarrado, con un arma en la mano. Acababa de salir de la zona de fuego y había sido testigo y víctima del ataque. Ni él mismo sabía qué había ocurrido, fuera de haber visto caer a algunos de sus compañeros.

Sé registran escenas confusas, patéticas.

Se asegura que en el Hotel Internacional matones sindicales torturan y ultimán a militantes peronistas. Se dice que en un determinado momento irrumpe allí el artista Leonardo Favio, con una fuerte crisis nerviosa, manifestando que se matará allí si siguen torturando y matando a otros peronistas.

Continúan las ráfagas de ametralladoras barriendo las arboledas donde la gente busca refugio.

En el césped que horas antes había servido de asiento, y mesa, y cama a los participantes de la fiesta estaban los heridos, los muertos.

Estaba terminando la jornada que unas horas atrás semejaba un vasto picnic más que un acto político, una fiesta multitudinaria, una enorme asamblea, un luminoso domingo después de los días grises de la dictadura.

Veinte minutos de fuego.

Cien muertos.

Rodilla en tierra, varios dirigentes del Comando de Organización disparan sus escopetas Itaka.

Cuarenta minutos más tarde todo había concluido. Quedaron 300 muertos, incontables heridos, desaparecidos. Por la autopista regresaba la multitud. Hombres, mujeres con niños en brazos, el pueblo de Perón. También regresaban en sus coches los consternados funcionarios.

Anochece en los bosques de Ezeiza. Era la hora de retirar los muertos.



EL UNICO REFUGIO ante los cañones de armas manuales enrojecidos por la pólvora y los proyectiles que arrojan, es arrastrarse, apiñarse, ocultarse tras el cuerpo del vecino.